

XX Domingo del Tiempo Ordinario (14 de agosto de 2022)

(Jr 38, 4-6.8-10 ; He 12, 1-4 ; Lc 12, 49-53)

“¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división” (Lc 12, 49-53)



En el Evangelio, Jesús habla con pasión de su misión y del significado de ser su discípulo. No se presenta como el Sr. Nice Guy, sino como un perturbador por excelencia. "He venido a traer el fuego a la tierra, y como quisiera que ya estuviera encendido". El fuego solo puede ser capturado a través del pris-

ma de su vida, muerte y resurrección. Es el fuego de la energía divina que emana de él, quemando todo lo que es malo y derramando el amor de Dios sobre toda la humanidad y toda la creación. Estamos encargados de mantener el fuego encendido hasta que llegue.

Jesús utiliza imágenes muy fuertes de divisiones familiares para subrayar la importancia de un discípulo auténtico. Es el lenguaje de la poesía y su llamada a rechazar a sus padres o a dejar que los muertos entierren a sus muertos. La prueba decisiva del discípulo cristiano es la fidelidad total a la cruz siguiendo las huellas del Mesías sufriente. Esta fidelidad es incluso preferible a los lazos familiares. Los mandamientos deben poner la causa del Reino por encima de cualquier otra consideración.

El discípulo cristiano no es para las almas sensibles. Los que siguen a Cristo deberían escoger este camino por encima de todos los demás caminos. Al igual que Abraham, Sarah, José y María, deben centrarse en la promesa de Dios. El discípulo auténtico no tiene mucho que ver con la seguridad, la comodidad, la complacencia y la mediocridad. Jesús nos desafía a hacer que la causa de Su Reino sea más importante que nuestras posesiones y relaciones. Debemos dejar que los valores fundamentales más profundos brillen en lugar de permitir que las trampas del tiempo y la cultura nos inhiban.

Concentrémonos en la encarnación del Evangelio del amor, de la misericordia y del perdón. Podemos ser una Iglesia más pequeña, más humilde y más pobre.



« He venido a prender fuego a la tierra, y cuánto deseo que ya esté ardiendo! » (Lc 12,49).

Pero esperemos que también podamos llegar a ser un signo más auténtico y eficaz del Reino. El Papa Francisco nos invita a aceptar el desafío de ser una Iglesia en misión en el mundo sufriente - una Iglesia manchada, golpeada y herida, más que una Iglesia protegida por la seguridad y el confort. Que lo que celebramos hoy sirva para recordarnos nuestro compromiso con la visión de Jesús de construir el Reino de Dios sobre relaciones justas, paz, justicia y amor.

P. Willi SELMAN, *smm*

